

DESCUBRE, CRISTIANO, TU DIGNIDAD. PARTÍCIPIES DE LA MISIÓN DE CRISTO ¹

«Cuando los tiempos se volvieron fríos e incrédulos, como hoy, hubo que explicar esas palabras sencillas y sagradas. Pero los primeros cristianos no necesitaban ninguna explicación. Sentían que con decir que Cristo era el Hijo de Dios, daban testimonio de verdades maravillosas y salvadoras que no podían entender, pero que les daban la vida eterna, y las que estaban dispuestos a morir»

J. H. NEWMAN, *Sermones Parroquiales* III (Encuentro, Madrid 2009) 162

I. INTRODUCCIÓN

Buenos días.

Muchas gracias a los organizadores de estos días por haberme invitado y muchas gracias a vosotros por disponeros a escuchar lo que pueda deciros.

En los folletos que anuncian las charlas de estos días, la que a mí me toca dar se titula: «*Partícipes de la misión de Cristo*». Eso es lo que me pidieron los que organizan *Arde Complutum*. Sin embargo alguno de los que vinieron a verme usó una expresión que decía más o menos: «*Descubre, oh cristiano tu dignidad*». Pretendo unir en esta charla ambos temas: el del la dignidad del cristiano y el de su participación en la misión de Cristo. Y es que ambas cosas han de entenderse a la par, tienen un único corazón.

Además se corre un cierto peligro, si se habla de la misión y se deja a un lado el asunto de la dignidad: llegar a pensar que lo que en realidad cuenta en nuestra vida, lo que la da valor, es nuestro trabajo, nuestro esfuerzo; no y lo que somos ya, el ser, la naturaleza que hemos recibido ya de Dios. No es una tentación nueva en la historia de la Iglesia. Es una tentación que, cuando ha tomado fuerza, ha conducido al olvido de Dios y a la desorientación, a perder la meta, el objeto último de nuestra misión.

Total, aunque no pueda extenderme tanto en algunos asuntos de detalle que merecerían la pena, pretendo hablaros de la dignidad cristiana, primero, luego de nuestra misión.

Ambas están enraizadas en la participación de nuestras personas en la persona y en la misión de Cristo.

Espero que os pueda ayudar en algo.

II. LA DIGNIDAD CRISTIANA

1. La acusación de Dios

Decir «*Descubre, oh cristiano, tu dignidad*» es como decir «*Descubre tu grandeza*». Y aunque parezca paradójico, para descubrir esta dignidad, antes hemos de reconocer

¹ Charla a los misioneros participantes en la “Semana de evangelización *Arde Complutum* 2014” (14 julio 2014).

nuestra pequeñez. Para alcanzar a comprender en toda su grandeza nuestra dignidad como cristianos, antes debemos hacernos humildes.

La providencia de Dios ha querido sacar algo bueno del pecado: que al experimentar la pobreza que trae consigo el pecado y al ser rescatados de él por el perdón de Dios, nuestro espíritu adquiera la virtud de la humildad.

Aquí hay que tener cuidado: no adquirimos la virtud de la humildad por pecar. El pecado tiene su origen en un acto de desobediencia, en un acto de auto-afirmación, por el cual nos declaramos autónomos de Dios. Y nada de esto tiene que ver con la humildad, sino con la soberbia. Todos los pecados beben, en mayor o menor medida, de esta fuente de la soberbia.

Por tanto no podemos caer en la contradicción de decir que el pecado nos enseña humildad. El pecado como tal no, sino otra cosa, que no viene del pecado, sino que nos viene de Dios una vez que hemos pecado, como el que recibe una medicina después de haber enfermado.

Es Dios quien nos enseña humildad. Lo hace con dos medicinas que vienen juntas: la acusación de nuestras faltas y la oferta de misericordia. Hablemos primero de la acusación y luego de la misericordia, aunque ambas van de la mano.

Dios nos acusa de nuestros pecados a través de la razón, de la conciencia y de la su misma Ley.

A) La razón

La razón nos habla de una verdad que ella es capaz de reconocer en la naturaleza de las cosas y en nuestra propia naturaleza. La razón no crea la verdad, la reconoce, es un ojo que ve. Hay que añadir enseguida que no es ésta la idea que en nuestros contemporáneos domina cuando se habla de razón, para ellos es más un sujeto activo que pasivo, que crea la verdad, más que la descubre. Sin embargo, yo parto de este principio simple: la razón es un ojo que ve, "un ojo abierto de par en par a la realidad". (L. Giussani, *El Sentido Religioso*). Ella observa y reconoce en las cosas una ley, un orden, un fin. Es como si leyese en la naturaleza de las cosas lo que otro ha diseñado, ha establecido y ha escrito. Cuando dirige su observación sobre el propio hombre, descubre que también él se ajusta a una ley, a un orden y a un fin. Puede prever que hay acciones que, atentando contra este orden, conducirán al hombre a la destrucción.

Y cuando ya hemos obrado contra el orden natural, ella es capaz de entender que nosotros mismos, desobedeciendo la verdad de lo que somos, nos hemos precipitado en el desastre. Nuestra naturaleza se siente humillada y golpeada cuando caminamos en contra de la ley natural y ella misma da la voz de alarma. Sólo es necesario escucharla. Al final es el hígado del alcohólico el que dice: «me estás destruyendo». Al final es el corazón del hombre que se entrega al libertinaje el que se siente arrastrado por el fango.

La razón mira la realidad para reconocer el dolor y la destrucción que conllevan contradecir la ley natural. Ella reconoce el mal y se convierte así en una voz por la que Dios nos acusa.

B) La conciencia

La conciencia también puede llevarnos a la humildad, y de una forma mucho más eficaz que la razón, ya que su mandato y su recriminación, no es el de un razonamiento, sino el de alguien. La conciencia es la voz de alguien, de un "tú", no un

mero razonamiento nuestro. Su acusación es la acusación de aquel que ha creado todo con orden y medida. Y no es lo mismo que acuse un razonamiento, por verdadero que sea, que te acuse alguien, y que ese alguien sea Dios. Y la conciencia es el testigo de Dios en el interior del espíritu humano.

Por tanto, la conciencia puede llevarnos también a la humildad, con una mayor eficacia aún que la razón.

Sin embargo debemos considerar qué es la conciencia, porque seguramente nosotros participemos, en todo o en parte, de la idea que nuestros contemporáneos tienen de lo que es la conciencia y esa idea es una idea equivocada.

En nuestra cultura, invocar la conciencia es invocar el juicio propio, el juicio privado sobre cualquier cosa o asunto, el juicio guiado, no por razonamientos que pueden ser expuestos y debatidos, sino por el sentimiento de agrado o desagrado, de atracción o de repulsión que algo nos produce.

Como además este sentimiento de agrado o repulsión no se ajusta a un razonamiento, sino al sentimiento, al gusto, a la sensibilidad, al capricho, a las emociones y a las pasiones, cuando los modernos hablan de «conciencia» invocan un juicio particular que nadie puede discutir, un juicio individual, incomunicable (alogos). Invocar la conciencia es invocar el propio parecer y, en el fondo, la propia voluntad, que se afirma con o sin razones.

Pero cuando yo hablo de conciencia —siguiendo a J. H. Newman—, hablo de una cosa totalmente distinta. Hablo de Alguien, distinto del yo, que habla en el interior con una voz que no se identifica ni con mis razonamientos, ni con mis sentimientos, ni con lo que recibí en mi educación. No se confunde con nada de esto porque sencillamente puede alzar su voz clara y nítida en contra de todo ello.

Cuando hablo de CONCIENCIA, hablo del testigo interior de Dios, la voz que Dios, de forma natural, deja oír en nosotros muchas veces en contra de lo que creemos que son nuestros intereses.

Este testigo interior se manifiesta de dos formas: primero, mandando hacer o no hacer algo concreto; segundo, enjuiciando con una condena o con una felicitación una obra nuestra concreta. Y así, al condenar nuestra acción errada, nos enseña humildad.

Pongamos algunos ejemplos de la voz que se deja escuchar en la conciencia. Su voz se expresa en ordenes y juicios del tipo: «Levántate ya»; «ayuda a Antonio»; «apaga la televisión»; «ponte a rezar»; «ponte a fregar los platos, antes de que lo haga tu mujer»; «busca a Dios»; «has hecho bien ayudando a Antonio» o «tenías que haber apagado antes la televisión»; «has hecho lo que debías, has rezado»; «eres un egoísta, has vuelto a dejar que sea tu mujer quien friegue los platos, como todas las noches»; «llevas años haciendo muchas cosas, pero ya no me buscas», etc.

De todas formas, hay que añadir que no escuchamos estos mandatos o juicios como emitidos por una especie de voz informática, hueca, sin alma, sino que esta voz es la voz de una presencia personal y el mandato o juicio que escuchamos va acompañado de esta percepción interior.

Decía también que la voz de la conciencia no se confunde con los propios razonamientos, con la propia voluntad, con lo aprendido en nuestra educación o lo que la sociedad o el ambiente nos pide, sencillamente porque su voz se eleva muchas veces en contra de todo eso. La conciencia te ordena, por ejemplo, interrumpir tu descanso para atender a alguien, cuando quizá tenías buenas razones para no hacerlo. Pero ella impone su orden por encima de tus buenas razones.

Cuando obedeces su mandato, te felicita, como un padre felicita a su hijo que obedece. Cuando desobedeces su orden, te acusa y te recrimina, como cuando tu padre te echa en cara no haberte fiado de él. Más aún, aunque nadie vea tu acción, o aunque la vean y aplaudan, ante esta otra presencia interior sientes vergüenza, si ella te acusa. Sabes que tu alma, en tu interior no está sola, está ante Alguien. Alguien mayor que tú, mayor que todos lo que aplauden desde fuera. Y al contrario, sientes que se te ensancha el alma cuando el testigo interior de Dios, que te ve, te felicita; como cuando ves a tu padre orgulloso de lo que has hecho y tu te llenas de alegría por la satisfacción de tu padre. Sabes que estás ante Otro, más grande que tú, digno de tu amor, de tu respeto y de tu obediencia.

Es cierto una cosa: que uno puede acallar su conciencia. Si se acostumbra, desde niño a no obedecerla, terminará por no escucharla en absoluto.

Cuando ella acusa puede producir dos reacciones en nosotros: o nos rebelamos del todo; o bien nos humillamos ante él, reconocemos nuestra acción errada y nos rendimos a su juicio. Así nos enseña humildad: nos lleva al reconocimiento de que hemos hecho algo mal y que hemos defraudado, disgustado y ofendido a aquel que se deja oír en ella. La razón nos lleva al reconocimiento del error y quizá al sentimiento de horror, pero la conciencia nos trae un sentimiento de una vergüenza que traspasa el alma y, luego, nos empuja para que nos rindamos ante Dios: «He pecado, no merezco estar en tu presencia. Haz de mí lo que quieras». A esto nos lleva la conciencia.

C) La Ley de Dios

En tercer lugar, también la Ley de Dios nos enseña humildad. La ley de Dios es una ley universal, que muestra el deber moral de todo hombre, en todo tiempo y lugar, independiente de las circunstancias. También ante ella nos descubrimos obrando mal y desobedeciendo así a nuestro Creador.

La Ley de Dios es una palabra que nos viene del exterior. Ella es una palabra que Dios ha pronunciado públicamente y que ha sido testimoniada en al Escritura. «Escucha Israel», así se presenta la ley de Dios, como una palabra que él deja oír desde el exterior.

Pero viniendo del exterior, por revelación sobrenatural, y mostrando como autoridad no un argumento o un razonamiento sino la autoridad de quien la promulga —de Dios— encuentra acuerdo tanto con la verdad que la razón es capaz de descubrir, como con la voz de la conciencia, con el testimonio natural e interior de Dios dentro de nosotros. De hecho, cuando el descubrimiento de la razón, el testimonio de la conciencia y el mandato de la ley de Dios se aúnan, el hombre percibe que todo clama en la misma dirección, que todo tiene como principio y como fin al uno y mismo Creador. La ley de la naturaleza, la voz de la conciencia y la palabra de la revelación forman parte del único diálogo que Dios quiere establecer con el hombre.

El caso es que la razón no es infalible. Tampoco nuestra percepción de la voz de Dios en la conciencia es infalible. Podemos errar en nuestros razonamientos y también podemos silenciar la conciencia o percibir deformada su voz, por la mala educación o por otros motivos. De ahí que la ley positiva dada por Dios, la ley dada en la revelación pública y sobrenatural sea salvaguardia tanto de la razón como de la conciencia y una guía segura para ambas. Pero también al contrario, cuando escuchamos cómo la ley de Dios se adecua, en el fondo, a la verdad de nuestra naturaleza y al mandato de la

conciencia, nos damos cuenta de que estamos ante el Dios verdadero, no ante un falso ídolo.

Por estos tres medios, cuando hemos pecado, Dios nos dice que el pecado es malo para nosotros y que le ofende y le desagrada a él, que es Santo. Cuando recibimos la acusación de la naturaleza, o de la conciencia, o de la ley divina, somos llamados a la humildad de reconocer nuestro error y nuestro pecado, lo inadecuado y ofensivo de nuestro acto.

No hay que restar importancia a esta acusación de Dios cuando pecamos. El pecado es terrible, realmente destruye al que está a nuestro lado y nos destruye a nosotros, realmente ofende a Dios. Y no hay que restar tampoco importancia a la acusación con la que Dios quiere despertarnos de este sueño funesto del pecado por el que nos precipitamos en la muerte.

El salmo 37 expresa bien el extremo de este peso del pecado sobre el hombre, la acusación de Dios y el alma que se rinde ante Dios:

**«Señor, no me corrijas con ira,
no me castigues con cólera;
tus flechas se me han clavado,
tu mano pesa sobre mí;
No hay parte ilesa en mi carne
a causa de tu furor,
no tienen descanso mis huesos
a causa de mis pecados;
mis culpas sobrepasan mi cabeza,
son un peso superior a mis fuerzas.
Mis llagas está podridas y supuran
por causa de mi insensatez»**

Dios nos acusa para despertarnos de un pecado que nos lleva a la muerte. Esta acusación de Dios no es una cosa dulce, no es una especie de palmadita en la espalda. El pecado es grave, sus consecuencias son terribles y Dios nos acusa con fuerza.

2. La misericordia que acompaña la acusación de Dios

Ahora, la acusación de Dios nunca viene sola. Siempre viene de la mano de la oferta de perdón. Justamente eso es lo que infunde en el alma el valor suficiente como para superar el temor, presentarse y rendirse ante él, esperando su juicio, para decir con el salmo 50: **«Reconozco mi culpa. Tengo siempre presente mi pecado»**, pero sé que **“un corazón quebrantado y humillado, tu, Dios mío, no lo desprecias»**. Es muy importante saber esto porque justamente aquí distinguimos entre la acusación sanadora que viene de Dios y la que viene del diablo que viene a terminar de destruirnos.

La acusación que viene de Dios es siempre un paso que nos muestra la necesidad que tenemos del perdón que se nos ofrece con ella. Va siempre acompañada de una oferta de perdón y de amor. La acusación nos habla de nosotros y de nuestros actos mezquinos, pero, cuando acogemos el perdón que la acompaña, la acusación queda atrás. Al acoger el perdón, la acusación pasa, mientras que delante de nosotros lo que permanece es la misericordia y un amor que se eleva como un monumento que desafía

el paso del tiempo, cuyo valor se impone muy por encima de nuestros pecados. Es la cruz que se eleva, tras la resurrección, como testimonio del amor eterno de Dios, del amor que es más fuerte que todo pecado.

Es decir, que la acusación de Dios viene como una medicina fuerte pero pasajera y deja paso a la misericordia y al amor, que permanecen inamovibles.

Ahora, ambas cosas, la acusación, que pasa, y la misericordia, que permanece, ambas regalan al alma el don de la humildad. La humildad queda en el alma como una virtud, mientras queda atrás la acusación de Dios y crece la misericordia y el amor. Y esta humildad es muy distinta del estado de humillación al que el demonio conduce después de pecar.

Y es que la misericordia introduce al hombre pecador en el horizonte del amor infinito de Dios. La misericordia, que brilla en la cruz, le dice al hombre: «el fin de tu vida no eres tú abandonado a tu suerte, no es tu pequeñez ni tu pecado; el fin de tu vida es el amor inabarcable de Dios, un océano infinito de amor». La acusación del diablo, por el contrario, no habla al hombre más que de su miseria, de los pecados cometidos, de su incapacidad para el bien, de que su vida futura estará marcada siempre por el mismo pecado que ha marcado su vida pasada. El diablo humilla al hombre haciéndole contemplar tan sólo la miseria; haciéndole creer, con mentira, que nunca podrá vencerlas, que nunca será capaz de nada bueno ni digno; que su único horizonte es el estrecho muro que los pecados han levantado en torno a él: él a solas con su miseria. Esto es el infierno.

La misericordia abre al hombre al amor infinito y también al poder de Dios. Porque el amor de Dios no es un amor que languidece ante el mal. En la cruz el amor de Dios ha vencido la muerte, ha vencido todo mal. El amor de Dios está lleno de poder.

La acusación del diablo paraliza al hombre, lo ata a su miseria. Pero la verdadera humildad nos da la seguridad del amor de Dios y también de su poder. Un ejemplo: David ante Goliat. Goliat desafía al ejército de Israel y cuando ve aparecer a David se ríe de él, porque es un niño, porque sólo lleva una honda en la mano... le ve débil. Pero David responde al filisteo: «**Tú vienes a mí con escudo, lanza y jabalina. Yo voy a ti en nombre del Señor de los ejércitos**» (1 Sam 17,45). Ésta es la audacia de la verdadera humildad. David sabe que no es un gran guerrero, pero sabe que el Dios que lo ha elegido es un Dios vivo y verdadero. Así, el joven no entrenado para la lucha, incapaz de soportar el peso de la armadura, que aún no sabe manejar la espada, se enfrenta al campeón del ejército filisteo y acaba con él.

Nosotros tenemos necesidad de recurrir muchas veces a esta audacia de la verdadera humildad. Cuando el diablo o el mundo se acercan, hinchados por su aparente poder, para que no hablemos, para que no actuemos, para mantenernos atados a nuestra pequeñez, nosotros debemos levantar la voz como David e invocar el nombre del Señor, como se dice en el salmo: «**Di a mi alma: "Yo soy tu victoria"**» (Sal 35,3).

3. El verdadero horizonte al que nos abre el amor de Dios

Muchas veces, también los cristianos, que hemos recibido una llamada a la cercanía con Dios y a la misión (Cf. Mc 3,14), caemos en la trampa de mirarnos más a nosotros mismos que a aquel que Dios ha levantado ante nosotros: a Cristo muerto por

amor nuestro y resucitado para siempre, testimonio de la misericordia de Dios y autor de una nueva vida que se nos ofrece, la vida del cielo, la vida de la eternidad de Dios, la vida del amor trinitario.

Frente a esta trampa, que no deja que levantemos la mirada para contemplar la misericordia de Dios, que nos cierra sobre nosotros mismos y nuestras limitaciones, hoy, como siempre, los cristianos necesitamos hacer nuestra la súplica que inspira el Espíritu Santo: **“Delante de los ángeles, para ti yo cantaré, Señor”** (Sal 138,1).

Sí, es cierto que mis pecados son muchos, que muchos de ellos se han hecho fuertes en mi corazón y que es difícil expulsarlos de allí; pero ante mis ojos se levanta la misericordia y el poder de Dios, la cruz de Cristo, que la resurrección ha convertido en una misericordia siempre presente, siempre actual.

Es verdad que soy pequeño, pero he recibido la promesa de la compañía de Dios: **“Vendremos a él y haremos morada en él”** (Jn 14,23). Sí, tengo el don enorme de la inhabitación de la Trinidad en mí. Ahora, ya en esta vida, el Dios Uno y Trino vive en mí.

Es verdad que mi naturaleza parece limitada a este mundo. De hecho sufriré la pobreza, o la soledad, o el miedo; pasaré por la prueba de la enfermedad o de la vejez; experimentaré la gran limitación que nos impone la muerte. Sin embargo, escucho la voz que dice: **«Cuando vaya y os prepare sitio, volveré y os llevaré conmigo, para que, donde estoy yo, estéis también vosotros»** (Jn 14,3). Sí es verdad que soy limitado, pero seré conducido al cielo y gozaré de la compañía de Cristo, mi Señor y mi Esposo.

Por tanto, dejaré que también en mi alma el Espíritu Santo deje resonar sus gemidos, los haré míos y yo mismo diré: **«Sí, delante de los ángeles, para ti yo cantaré, Señor»**.

Delante de los ángeles, porque tú has querido que sea el hombre quien crezca desde el barro humilde y sea capaz de compartir tu naturaleza y tu vida divina. Mientras los ángeles adoran el misterio de tan increíble designio de amor, yo, por tu gracia, porque tú lo has querido y has luchado para ello, yo entraré en tu casa como hijo, como heredero legítimo. Yo, hecho de barro, no un espíritu puro como los ángeles. Yo hombre, pecador, que he traicionado la amistad de Dios, yo he sido amado y rescatado y perdonado, por mí ha muerto el Hijo de Dios. Yo, hombre, lleno de miserias, yo he sido elegido para participar de la filiación del Hijo eterno, yo he sido llamado a unirme a Cristo por la fe y los sacramentos y a hacerme una sola cosa con él. ¡Yo, no un ángel! Y mi naturaleza humana, tan pobre, es la que el Hijo de Dios ha asumido y ha perfeccionado hasta hacerla entrar en el Reino de Dios.

Ante la humanidad divinizada por el Hijo Eterno, ante la humanidad de Cristo, los ángeles se llenan de asombro, porque un hombre se alza y entra en el seno mismo de Dios, vetado incluso para ellos. Y claman: **«¡Alzaos puertas! ¡Alzad los dinteles! ¡Abríos puertas eternas! ¡Va a entrar el Rey de la Gloria!»** (Sal 24,7). Pues bien, no los ángeles, sino yo, yo participaré de esta gloria. Yo, un pobre cura, un pobre laico, una pobre ama de casa, un pobre hombre. Yo, que aquí me debato entre mis pecados y pobres actos de virtud, yo que aquí soy herido por mis propios sentimientos que traen y llevan mi corazón... Yo, seré levantado sobre toda esta pobreza y participaré de la gloria de Cristo y los ángeles se asombrarán, como cuando vieron la gloria de Jesucristo resucitado, como cuando vieron la belleza de la Virgen María elevada al cielo. También yo participaré de esta gloria, aunque sea después del purgatorio. Aunque sea así, también yo participaré de esta gloria.

¿Alguien podrá salir a la calle triste tras dejar que su alma sea así aleccionada por el Espíritu de Dios? Necesitamos la alegría del cielo. Aún no la poseemos pero tenemos sus primicias. La necesitamos para vivir. No para poner buena cara ante los hombres, no para anunciar el Evangelio como si fuésemos vendedores de algo de poco valor, que necesitan sonreír para vender su producto. Necesitamos esta alegría para vivir. La necesitamos y la tenemos a mano. No hay más que levantar los ojos a la cruz, y dejar que el Espíritu Santo ore en nosotros. Como san Felipe Neri, cuando repetía: «*Paradiso, paradiso*», con una nostalgia llena de seguridad y, por eso, de alegría.

Esta es la certeza que nos da alegría y seguridad: que gozamos ya de la compañía de Dios por la inhabitación de la Santísima Trinidad en el alma; que estaremos siempre con Cristo, gozando de su compañía; que participaremos de la vida trinitaria, de la que ningún otro ser puede participar —ni siquiera los, al menos en el mismo grado que nosotros, en el de hijos—. Necesitamos afirmar cada día esta certeza. Sin olvidar nuestra pequeñez, sin olvidar que somos pecadores, sin pensar que, de repente vamos a vernos libres de la enfermedad o de la muerte. Esta certeza nos da alegría y hace que podamos ir con la cabeza alta, con el orgullo de los pobres que han sido enriquecidos, de los pequeños que han sido amados, y con la audacia de David ante Goliat.

4. El corazón de la dignidad cristiana: la participación en la filiación de Cristo

Después de elevar el alma hacia nuestro destino, tenemos que intentar entender dónde radica esta esperanza nuestra por la que esperamos cosas tan grandes, dónde radica nuestra dignidad de cristianos. Y la raíz de todo es que nosotros hemos sido hechos hijos de Dios.

Los cristianos participamos con todos los hombres de la dignidad que les es propia. La mayoría de las veces, los hombres hablan de esta dignidad sin saber muy bien en qué consiste. Y cuanto más se olvidan del acontecimiento de la encarnación y de la vida y destino de Cristo, más se desdibuja la idea de esta dignidad y más se atenta contra ella. Pero los cristianos por la fe y los sacramentos hemos recibido una dignidad aún mayor: la de ser partícipes de la filiación divina, partícipes del mismo ser de Cristo, de su misma naturaleza, la naturaleza divina, y de sus mismas relaciones, la relación única que tiene con el Padre por ser el Hijo Único engendrado antes del tiempo; la relación única que tiene con el Espíritu del Padre con el que él es amado desde toda la eternidad como Hijo y con el que él ama al Padre. Nosotros en el bautismo, somos elevados de nuestra condición de criaturas a la condición única del Hijo de Dios.

Podemos decir que todos los hombres son hijos de Dios y que Dios es un padre para todos los hombres. Con ello significamos el amor especial y único con el que Dios ama a todos los hombres, su cuidado providente con cada hombre, su atención sobre cada uno.

Pero, cuando hablamos de la filiación divina que hemos recibido por la fe y el bautismo, hablamos de otra cosa: estamos diciendo que participamos del ser de Cristo y de la relación única que él tiene con el Padre y con el Espíritu Santo.

Éste es el don de la vida cristiana del que dependen todos los demás. Este don es mucho más grande que el recibido en la creación, el ser creados a imagen de Dios. Sin embargo hay que decir que entre una cosa y otra hay una unidad fundamental: fuimos creados como “imagen de Dios” para que un día llegásemos a recibir el don de la

filiación divina. La “imagen de Dios” es la capacidad de escuchar a Dios, de entrar en diálogo con él, de responder libremente a su amor y así acoger con la fe a Cristo, el Hijo Único que nos hace hijos.

Este es el corazón de nuestra dignidad de cristianos. Nosotros, que éramos criaturas, amadas por Dios pero criaturas, ahora somos hijos. Hijos adoptivos, porque antes no lo éramos, pero verdaderos hijos. Nuestra adopción no es un algo puramente externo. El Hijo de Dios se ha hecho hijo del hombre para hacer que los hijos de los hombres seamos hechos hijos de Dios. En el nuevo testamento esta afirmación fundamental ya está en el prólogo del evangelio de san Juan. Dice allí: «**Vino a los suyos y los suyos no le recibieron, pero a los que le recibieron, les dio poder de llegar a ser hijos de Dios, a los que creen en su nombre**» (Jn 1,11-12).

Podemos entender cómo es posible esta novedad del ser cristiano que enuncia el san Juan, a partir de dos imágenes que aparecen en s. Pablo: la de la *Iglesia como Cuerpo de Cristo* y la de la *Iglesia como Esposa de Cristo*.

Por al fe y el bautismo Cristo nos ha convertido en miembros suyos, miembros de su Cuerpo, de tal forma que ahora su vida es nuestra vida, su naturaleza es la nuestra, el Espíritu de amor con el que él es unguido y amado desde toda la eternidad por el Padre, es ahora el Espíritu que se derrama por todo el Cuerpo y llega a todos los miembros, con el que también nosotros somos ungidos y amados. Y este Espíritu con el que el Hijo ama al Padre, es ahora el mismo Espíritu que, derramado sobre nosotros, clama desde nuestro corazón “**Abba, Padre**” (Cf. Rm 8,15; Gal 4,6). Es ahora, como dice la expresión de la liturgia, cuando nos atrevemos a decir, cuando tenemos la osadía de decir: “Padre nuestro...”

La otra imagen es tan hermosa como la del cuerpo o más aún si cabe, la imagen de la Iglesia Esposa de Cristo. La esposa en las culturas orientales dejaba la casa del padre para entrar en la casa del esposo, dejaba de participar de los bienes y de la protección de su propio padre, para participar de los bienes y de la protección de su esposo. En muchas culturas modernas la esposa deja su apellido para tomar el apellido de su esposo, indicando lo mismo. Pero el matrimonio no es sólo un cambio de casa, un cambio de bienes, o un cambio de apellido, sino que la esposa y el esposo se unen íntimamente y llegan a ser una sola carne, tal como expresaba ya el libro del Génesis. Pues bien, Cristo nos ha desposado y así nos ha unido íntimamente a él, hemos venido a ser una sola carne y él nos ha dado de sus bienes, nos ha dado lo que él es. Y él es el Hijo.

III. DE LA DIGNIDAD PARTICIPADA A LA PARTICIPACIÓN EN LA MISIÓN

1. La filiación, el corazón de la misión de la Iglesia

Ahora bien, Dios quiere dos cosas: primero, que el don que nos ha dado de la filiación, crezca hasta su plenitud, es la tarea de nuestra propia santificación; segundo, que este don, que depende de la fe y del bautismo, llegue a todos, que todos lleguen a ser hijos suyos.

El don de la filiación no nos exime, sino que nos obliga a andar el camino de la obediencia filial, camino por el cual el Hijo eterno llevó a perfección la humanidad que

había asumido. El camino de la obediencia filial, del amor filial, es el camino del desarrollo de nuestro *ser hijo*, del perfeccionamiento de este don que hemos recibido, el camino de la santidad. San Juan dice: «**Queridísimos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que cuando se manifieste seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como es**» (1 Jn 3,2). Del don que hemos recibido en el bautismo, del don de la filiación, nace la llamada a la santidad, que es la perfección de la filiación en la obediencia filial, en el amor filial.

Pero también de este don nace nuestra misión, nuestra tarea, porque Dios quiere que todos los hombres lleguen a ser hijos suyos y todos lleguen a ser hijos perfectos, según la medida de Jesucristo. Antes lo he dejado ver: Dios ha creado a todos los hombres con un don en el que radica su dignidad natural, ser imagen suya. Es el don de la libertad, de poder conocer a Dios, escucharle y entrar en diálogo con él, el don de poder responderle y acogerle, el don que nos hace capaces de Dios. Este don natural, ser capaces de Dios, es la preparación del don sobrenatural de la filiación divina. Y Dios quiere que este don llegue a todos. Para esto puso en marcha la creación. Y para eso, durante siglos, preparó con esmero la encarnación de su Hijo: el eterno que se hace temporal, el inmortal que se hace mortal, el que no puede ser abarcado por el universo entero ni por la historia, se reduce a sí mismo al pequeño seno de María, para nacer como una diminuta luz en Palestina y luego crecer con la predicación de la Iglesia hasta llenar el mundo.

Es decir: toda la obra de Dios tiene por objeto lo que constituye nuestra dignidad: el ser hijos de Dios. Y esto mismo es el centro de nuestra misión: ofrecer a todos los hombres la posibilidad de llegar a ser con nosotros hijos de Dios, e hijos que alcancen la perfección del hombre: Cristo. Cristo es nuestra verdadera medida, Cristo es nuestra verdadera plenitud, la nuestra y la de todo hombre que viene a este mundo.

Nosotros hemos recibido el don de la filiación, don que debe crecer hasta que nuestro corazón reproduzca perfectamente la imagen del corazón de Cristo. Y este don y este camino es el que podemos y debemos ofrecer a todos.

Nuestra dignidad señala, por tanto, el sentido de nuestra misión, lo cual no significa que cuando nos acercamos a alguien tengamos que empezar a hablarle del don natural y del don sobrenatural, de la imagen de Dios o de la filiación divina. Lo primero que hay que anunciar a los hombres es a Cristo, «**el que inicia y consuma nuestra fe**», él revela poco a poco y concede paspo a paso todo lo demás.

Pero nosotros hemos de saber donde radica nuestra dignidad y cuál es el fin de nuestra misión: ambas tienen como don y como tarea: la filiación divina.

2. Jesús, sacerdote, profeta y Rey. "Creo en Jesucristo"

Hay que dar un paso más.

Cuando el Hijo de Dios se hace hombre con el fin de donar a los hombres su propia filiación, él va a desarrollar su misión en primer lugar con el mismo hecho de su ser y con su existir en este mundo, es decir, el ser Hijo Eterno de Dios que se ha hecho hijo del hombre y con su caminar en esta vida. Pero en este caminar, asume tres funciones que, precisamente por ser Hijo de Dios y hombre verdadero, va a llevar a plenitud: el sacerdocio, el ser profeta y el ser rey. Estas tres funciones nosotros las resumimos en el Credo en una sola palabra que ha pasado de significar una función a convertirse en parte del nombre de Jesús, esta palabra es **CRISTO**. En español hemos

unido de forma indisoluble los dos nombres: *Jesucristo*. Todos sabéis que Cristo es la traducción griega del hebreo Mesías. La traducción del latín sería Ungido. Bien, esta palabra, aglutina estas tres funciones, que aparecen a lo largo de la Historia de Israel, en la persona de Jesús.

Veamos lo que significan muy sintéticamente:

El profeta es el que habla la palabra de Dios. Pero Dios no usa palabras huecas como nosotros. Cuando Dios habla se da a sí mismo, por eso la palabra de Dios no es algo externo a Dios sino algo con el que él da de su corazón, por decirlo de algún modo. Y el profeta dirige al pueblo la palabra que Dios le habla. Es claro que, en el caso del Hijo hecho hombre, la perfección de su ser profeta consiste en que él mismo es la Palabra que se hace carne para entregarse al modo humano y entregarse por entero al hombre.

El sacerdote es quién ofrece sacrificios de expiación y de comunión. El rito del sacrificio significa el reconocimiento de la distancia entre Dios y el hombre y el reconocimiento del pecado, que el pecado ha roto la relación con Dios y que la superación de esa ruptura implicaba un sacrificio. Es claro que Cristo es el Sumo Sacerdote, Único y Eterno, porque él ha ofrecido el único sacrificio agradable a Dios, el de un amor y una obediencia perfecta que ha superado la desobediencia de Adán. Y lo ha hecho de una vez para siempre. Su sacrificio es eterno, permanece presente porque la resurrección hace presente toda la obra, toda la vida de Cristo y, por supuesto, su Cruz. Es además actual en la vida de la Iglesia por la celebración eucarística, que es, entre otras cosas, actualización de este sacrificio. Sacrificio y Sacerdote se identifican en la Cruz, en el cielo y en la eucaristía que celebra la Iglesia.

El rey es una de las figuras cuya comprensión por parte de Israel más transformación sufre a lo largo de la historia. A lo largo de su historia y con muchos sufrimientos, Dios purificará la idea que Israel tiene del que ha de ser su Rey. Resumamos diciendo que el Rey ha de establecer el reinado de Dios en medio de su pueblo. Un reinado, que implica una cercanía de Dios al pueblo, que Israel sólo puede concebir con la imagen del paraíso, la imagen del Génesis, cuando se dice que Dios paseaba por el jardín del Edén, con el hombre, a la hora de la brisa. La figura del rey implica para Israel una vuelta al paraíso, pero una vuelta costosa, que exige un camino ascético. En ese camino el Rey se convierte en Pastor, que conduce a su pueblo como un pastor a su rebaño. Jesús es este Rey y ha introducido al hombre no en el antiguo paraíso, sino en el mismo seno de Dios y lo ha hecho como un pastor, como el Buen Pastor que da la vida por sus ovejas, que señala el camino y las acompaña. Cristo, desde atrás, puesto a nuestras espaldas, nos empuja con la fuerza de la creación y de la revelación; al mismo tiempo, acompaña nuestro paso, como un amigo, en los sacramentos, en la Iglesia; y por último, yendo también por delante, desde el cielo tira de cada uno de nosotros, por el deseo de su amor, por el deseo de abrazarnos a él.

3. Un pueblo de sacerdotes, profetas y reyes

Nosotros, que hemos sido unidos al Hijo de Dios en el Bautismo y con ello hemos recibido el don de la filiación divina, nos hemos hecho partícipes de todo lo que Jesús es, de toda su existencia y de toda su misión, también de esta triple función profética, sacerdotal y real.

Somos un pueblo de reyes, un pueblo de sacerdotes, un pueblo de profetas. Y justamente por eso recibimos el nombre de cristianos. El nombre de cristianos significa nuestra identificación con la persona de Cristo, el haber sido reducidos a unidad con él, la identificación de nuestra existencia con la suya y de nuestro destino con el suyo, también la identificación de su camino de obediencia y de amor hasta la cruz como nuestro propio camino. Y en este camino el nombre de cristianos que recibimos con orgullo significa también nuestra dignidad y nuestra misión de sacerdotes, profetas y reyes.

A nosotros, cristianos, no nos queda sino ser lo que somos, hombres que han sido unidos a Cristo y han venido a ser por eso sacerdotes, profetas y reyes. En nuestra comunión con la persona de Cristo y con los misterios de su vida nosotros actualizamos para los hombres con los que nos encontramos la obra de Cristo. Nosotros somos la voz de la Palabra y por eso profetas. Nosotros somos la carne en la que Cristo puede seguir mostrando a los hombres la maravillosa ofrenda de su propio ser por amor, dejándonos comer, uniéndonos a su sacrificio; por eso somos sacerdotes. Nosotros podemos iluminar el camino del cielo y podemos acompañar a los hombres en este camino, empujándolos cuando su amor a los bienes de este mundo les hagan perezosos, acompañándoles porque también es nuestro propio camino, tirando de ellos con los lazos de nuestro amor verdadero y desinteresado, no calculado, no estratégico, sino verdadero y gratuito; así actualizamos en nuestra existencia la realeza de Cristo, Rey y Pastor.

Nosotros podemos hacer presente y visible a Cristo. Tú un hombre pobre y débil como yo. De nosotros dice Cristo: «**Sois la luz del mundo**». Y con ello no indica lo que debemos ser, sino, antes que nada lo que somos ya por estar unidos a él.

Nosotros somos portadores de Cristo. Es cierto que «**llevamos este tesoro en vasijas de barro**», pero somos portadores de Cristo, estamos unidos a él, somos hijos de Dios y somos ciudadanos del cielo.

El mundo puede acusarnos de nuestros pecados —sean o no verdaderos—; puede mofarse de nosotros, de nuestras debilidades, de nuestras virtudes o de nuestra fe; pero no debemos caer en el engaño, porque el mundo necesita de nosotros. Nosotros llevamos a Dios y el mundo necesita a Dios, lo sepa o no. Nosotros estamos en camino hacia Dios y el mundo, lo sepa o no, necesita encontrar ese camino. Nosotros estamos en relación con Dios, él nos ha hablado y nos ha enseñado a hablar con él, y el mundo necesita aprender las claves de este diálogo.

Cumpliremos nuestra misión tanto si somos escuchados, como si somos silenciados; tanto si somos apreciados, como si somos despreciados. El éxito no es el nombre del Evangelio. La cruz de Cristo es la medida de lo que somos y de nuestra misión. Y el que entrega su vida es el verdadero testigo del que antes entregó su vida por nosotros. De una forma u otra, todo servirá para que cumplamos nuestra misión y Cristo sea conocido, creído y amado.

Quiero terminar recordando una anécdota, de cuya historicidad se duda, pero que bien podría ser verdadera. El protagonista es un mártir del s. II, san Ignacio de Antioquía, que murió en Roma. Con su muerte consumó su unión con Cristo y dio testimonio de él, es decir cumplió su misión. En la anécdota se ve cómo la dignidad que se nos ha dado es una sola cosa con la participación en la misión de Cristo.

Seguramente muchos hayáis leído algún fragmento de las cartas que san Ignacio de Antioquía fue escribiendo desde Antioquía de Siria, lugar donde fue detenido, hasta Roma, donde dio testimonio con el martirio. Y seguramente sepáis que le gustaba darse a sí mismo el sobrenombre de «Teóforo», que en griego significa, «portador de Dios».

Pues bien, se cuenta que san Ignacio fue llevado a la presencia del Emperador Trajano. El emperador consciente de su dignidad ve delante de él al pobre cristiano, pero se extraña de su libertad de espíritu, de que ante el temor de la muerte no pierda la dignidad. Entonces, altivo, como son los hombres poderosos, pregunta a nuestro hermano: «**¿Quién eres tú, pobre miserable, que osas transgredir nuestras leyes?**» Y ante la sorpresa del Emperador, responde Ignacio, que sabe que en realidad su vida está en manos de Dios: «**Esa no es manera de tratar a Teóforo**». El emperador sorprendido vuelve a preguntar: «**¿Quién es Teóforo?**». Y lleno de dignidad responde san Ignacio: «**El que lleva a Cristo en su pecho**».

No olvidemos lo que somos, no olvidemos el don que ya hemos recibido ni que somos ciudadanos del cielo, y con una humildad no impostada, no forzada, sino verdadera, porque todo lo que somos lo hemos recibido por pura gracia, demos testimonio de aquel que murió por nosotros y llamemos a los hombres, con nuestra forma de vida o con nuestra palabra, con nuestra vida o con nuestra muerte, a la misma gracia que hemos recibido nosotros, al mismo camino que nosotros andamos, a nuestro mismo destino.

Alabado sea Jesucristo
Siempre sea alabado